

DARÍO VILLANUEVA, *La poética de la lectura en Quevedo*. University of Manchester, Manchester, 1995; 46 pp.

Si se tiene en cuenta el número de páginas, es un librito ilustrado generosamente: se reproducen una excepcional pintura de Rembrandt, un autógrafo de Quevedo y su versión impresa en *El parnaso español* (edición de José Antonio González de Salas, 1648), objeto de esta conferencia, que auspició la VIII Ramsden / Gybbon Moneyppenny Commemorative Lecture.

El contenido de la conferencia —incluidas las digresiones— es el análisis del soneto “Desde la torre” (“Retirado en la paz de estos desiertos / con pocos, pero doctos, libros juntos...”), I, 131 en la edición de Blecua. Y el contenido del soneto es el tema repetido por numerosos escritores del amor a los libros, con una variante en el primer terceto: el elogio a la imprenta (“Las grandes almas que la muerte ausenta, / de injurias de los años vengadora, / libra, ¡oh gran don Ioseph!, docta la emprenta”).

Parte del análisis atiende a la cuestión formal, del autógrafo a la versión definitiva, que permite —como en las reconstrucciones de Blecua y Crosby— seguir los pasos de Quevedo en la relectura y corrección de su texto; parte a la cuestión fonética y sintáctica, parte en la interpretación de los catorce versos, cuya dificultad mayor se encuentra en el segundo terceto (“En fuga irrevocable huye la hora; / pero aquélla el mejor cálculo cuenta / que en la lección y estudios nos mejora”). En la edición de González de Salas, acompaña este terceto una apostilla en latín, “numera meliore lapillo” (primer verso de la sátira segunda de Persio, que completo dice: “Hunc, Macrine, diem numera meliore lapillo), de la cual sería traducción “el mejor cálculo cuenta”. Supone Villanueva, entendiendo ‘cálculo’ (traducción de *lapillo*, piedrecita con que se contaban los días venturosos) como ‘cómputo’, que el verso se leía así: ‘la hora que más vale, que más provecha’. Creo que es buena lectura; Blecua y Crosby no dan mejor solución a esta ocurrencia de González de Salas.

Antes de seguir, es necesario enmendar la primera nota de Villanueva: la línea que cita de Borges, no se encuentra en “Menoscabo y grandeza de Quevedo” (1924), texto de juventud no tanto apasionado cuanto verboso, sino en su ensayo “Quevedo” —maduro y contenido— de 1948 (sirvió primero de prólogo a una recopilación de la obra de Quevedo, que tiene como introducción la *Vida* que escribió Tarsia, se recogió en *Otras inquisiciones*, 1960, y figura en la primera versión de sus obras completas, 1974). En ese segundo ensayo dice Borges: “Las mejores piezas de Quevedo existen más allá de la emoción que las engendró y de las comunes ideas que las informan. No son oscuras; eluden el error de perturbar, o de distraer, con enigmas... Son (para de alguna manera decirlo) objetos verbales puros e independientes...”. Descripción en la que se ubica bien “Desde la Torre”, porque fuera del terceto conflictivo, el resto es claro y su contenido tiene réplicas en la obra de Queve-

do. Para un individuo de lecturas, es inevitable que, con intención o de paso, brote el elogio de esos compañeros mudos pero elocuentes. Por eso no es de sorprender la abundancia de grandes escritores, que precedieron y sucedieron a Quevedo, y de buenas citas que Villanueva trae como testimonios y compañía del soneto.

Lo que no queda muy claro es la cuestión que llamaré teórica y ciertos pasajes de la exégesis, de la cual copio las líneas que siguen: “«Si no siempre entendidos, siempre abiertos» [primer verso del segundo cuarteto] encierra el alto valor polisémico de que *entendidos* y *abiertos* signifiquen cosas distintas, pero en todo caso coherentes, desde la perspectiva de los libros mismos o desde sus lectores. En el primer supuesto, *entendidos* vale tanto como *sabios* o *inteligentes*, y abiertos se refiere a una cualidad como la flexibilidad intelectual que puede paliar por caso la falta de conocimientos concretos. Mas si cambiamos la perspectiva en el sentido antes apuntado, los adjetivos pasan a significar, respectivamente, la posibilidad de que los textos no sean comprendidos por sus lectores y la pura materialidad del volumen listo para la lectura, de modo que los libros siempre resultarán beneficiosos: si no son muy profundos en sí mismos, nos abren múltiples posibilidades de reflexión, y si no somos capaces de interpretarlos bien al primer intento, siempre estarán a nuestra disposición, listos para dejarse releer hasta que brote la chispa del acierto hermenéutico”. No creo que haya necesidad de lucubrar tanto sobre un verso sin oscuridad; pero si alguna duda queda, basta leer el verso siguiente (“o enmiendan o secundan mis asuntos”) para aclararla.

La teoría que se adopta es cuestión de gustos. En este caso, Villanueva se declara partidario de Husserl y de su fenomenología, que a ratos asoma en la conferencia, pero sin armonía con el análisis de tipo filológico que desarrolla. Me parece excesivo, y se me escapa la utilidad de asociar el pensamiento de Gadamer (quien “alcanza la concepción del proceso interpretativo como si de una conversación se tratase”) con el de Quevedo. De esa asociación se llega a conclusiones como ésta: “La coincidencia de posiciones entre el poeta barroco y el filósofo contemporáneo son totales; mas el primero, no pudo leer al segundo, Gadamer, y éste, como Sallénave y como McLuhan debiera, por el contrario, haberlo hecho con aquél. Sobre todo en el soneto «Desde la Torre»”.

La última frase es consecuencia de las preguntas explícitas o tácitas que se hace Villanueva sobre la desproporción entre la obra de Quevedo y su fama retaceada: “Quevedo —observa al iniciar la conferencia— probablemente el escritor que merece más y mejor el título de tal, el escritor por antonomasia, carece sin embargo de la proyección ecuménica que debería auparlo a ese plinto canónico donde sí figura Cervantes, o incluso Calderón”. Villanueva subraya también el olvido de Quevedo en los autores modernos enumerados en el párrafo anterior, puesto que su interés por los libros —que “en músicos callados contrapuntos / al sueño de la vida hablan despiertos”— y la comunicación coinciden tanto con el poeta.

La única respuesta está implícita, creo, en el mismo texto de Villanueva. Quien ha leído a Quevedo no puede olvidar el soneto “Desde la Torre” ni muchos otros versos suyos del mismo tono melancólico o desengañado (así los califica Borges). Quien no lo ha leído —como no tuvieron que hacerlo Sallenave, McLuhan, Gadamer para elaborar sus teorías o coincidir con él— participa, también con él, de ideas e inquietudes universales y milenarias.

MARTHA ELENA VENIER
El Colegio de México

TERESA M. VILARÓS, *Galdós: invención de la mujer y poética de la sexualidad. Lectura parcial de “Fortunata y Jacinta”*. Siglo XXI España, Madrid, 1995; 174 pp.

Este libro está formado por un prólogo, una introducción, más seis ensayos, tres de ellos editados en diferentes publicaciones de Estados Unidos (p. xv), y una conclusión.

Ya en el prólogo la autora delimita claramente su posición: “Mi lectura de la novela es y quiere ser abiertamente partidaria” (p. ix). Posición que se afianza y se precisa más en la conclusión: “he pretendido que este estudio refleje una lectura desde y de la mujer en busca de una voz de mujer debida a la voz de un hombre” (p. 163).

Ahora bien, yo encuentro que —en general— las nuevas formas de crítica literaria (semiótica, feminista, estructural, etc.) presentan un problema básico que se deriva de perder de vista el fin que toda crítica debe pretender: acercar nuestra inteligencia a la obra literaria y a su génesis (no son palabras mías, sino de Ch. Mauron). El gran armazón, las circunvoluciones, las idas y venidas sobre un detalle “clave”, no son muchas veces sino una especie de juego dialéctico, en el que el crítico se entretiene, pero que no suele dar, como dice Freud en su *Introducción al psicoanálisis*, “la palabra decisiva sobre toda las cuestiones que conciernen a la vida imaginaria de los hombres”.

De esta manera, *Galdós: invención de la mujer*, a pesar de su cuidadoso estudio de pequeños detalles y de sus interpretaciones de los personajes, no aporta grandes novedades sobre *Fortunata y Jacinta*, una obra que, a pesar de haber sido bien estudiada, todavía tiene muchos rincones recónditos y muchas cuestiones que investigar. Sin embargo, fruto de una observación fina y atenta será el descubrimiento de algunas facetas de Mauricia la Dura, su trabajo de Celestina, su actividad de corredora de telas y mantones que, metafóricamente, parece establecer un tejido entre *Fortunata y Jacinta*.

¿Por qué una lectura desde la mujer? La visión crítica femenina no tiene necesariamente que diferir de la de un hombre: pueden coincidir